Voy á juzgarlo como si no fuese su contemporáneo, y como si no hubiese sido mi enemigo, aunque seguramente no era yo el suyo.

Sus calidades le eran propias, y sus defectos de su país. Enrique Fonfrède era hombre del mediodía, una de esas naturalezas de fuego que espumean y se extravasan, pero que con facilidad se sosiegan.

¡Cosa singular! yo he visto, en un abrir y cerrar de ojos, levantarse tumultuosamente todas las poblaciones meridionales, juntarse y seguir á una persona con gritos de amor y júbilo, y cuando creia aquella que la rodeaban, é iban á su encuentro, de repente se disipaban y retiraban con tambores y trompetas.

Los hombres del mediodía no andan sino corren, no meditan sino improvisan, no rezan sino precipitan su oracion, muestran tanta prisa en acabar como en principiar, y en llegar como en partir. La índole meridional se complace en la celeridad, estrépito y brillo, y nunca abandona la region de las tormentas.

Extremados en todo, dirán de un hombre de cortos alcances que es un insensato, si carece de talento que es estúpido, si posee alguna inteligencia que es un genio, si es valiente que es un heroe, si delinque en un ligero pecado vienal, que merece el fuego eterno. Para ellos no hay purgatorio, sino cielo ó infierno.

Así conviene no tomar, al pié de la letra, su impaciencia y gritos, pues en general hablan recio, y hay á menudo mas malicia en un Normando que dice un cumplimiento, que en la injuria de un Gascon; el primero pica con un alfiler, pero sale la sangre y queda la señal de la picadura; mientras que el segundo, lleno de cólera, echa la baba al rostro, mas basta limpiarse para que nada quede.

Todo en las meridionales es relieve, salida, juego: la mirada, el gesto, la palabra, hasta el estilo. Fonfrède no sabia escribir, ó por mejor decir no escribia con el diccionario de la Academia, sino inventaba y forjaba los términos que necesitaba, sin que lo arredrase en modo alguno el neologismo. ¿No era por ventura folletista? Ahora bien, el folleto es una lucha, un combate vivo, precipitado, decisivo, pié contra pié, pecho contra pecho, sin tregua ni misericordia; los campeones se miden con los ojos, se acercan, se agarran, se esfuerzan, se derriban. El folletista del mediodía, gladiador impetuoso, brinca en la arena y ase el cuello de su adversario; con tal que lo postre á sus pies, poco le importa de qué manera. Sin preocuparse de las reglas de la esgrima ó del

pugilato, aspira solo á vencer ó á morir, morir sin tardanza ó lograr victoria campal.

¿Se figura acaso el lector que tuviese tiempo Enrique Fonfrède de preparar un plan? Nada de eso; lo concebia, lo devanaba, lo tramaba, lo tejia de paso, sin cuidarse de la correlacion del exordio y el epílogo, sin observar si cojeaban sus razonamientos, ni si sus paradojas destruian la verdad: tan presuroso estaba de llegar al fin propuesto. Poco gusto en el estilo, desaliño en el diseño, argumentacion flaca, falta de certidumbre en los principios, tales eran los defectos de Fonfrède, defectos considerables y no los únicos; pero este publicista poseia un giro tan original, una vena tan inagotable, una seduccion tan atractiva, una gracia tan inopinada, una chispa tan irresistible, que seria fácil reconocerlo entre mil, y ¿no es tal la señal de los grandes escritores?

Fonfrède poco se cuidaba de las precauciones oratorias, del miramiento á ciertas personas, gerarquías, dignidades y reputaciones; para él nada habia alto ni bajo, ni sagrado ni profano, y golpeaba á derecha é izquierda como un hombre ebrio que con el palo en la mano, se abre un paso por la multitud. Fonfrède se replegaba y enroscaba en torno de su adversario, envolviéndolo y sofocándolo en los nudos de su dialéctica, y obligándolo á gritar, suplicar y pedir perdon.

El folletista meridional amaba con exceso la autoridad, por miedo de la anarquía; como otras personas aman con exceso la libertad, por miedo del despotismo.

Mas polemista que publicista, demasiado fogoso, falto de aliento y excesivamente espontáneo en su inspiracion para componer un libro docto, un libro elaborado, agotaba en un solo artículo el fondo de una cuestion á la cual apenas hubiera podido bastar un tomo voluminoso. La naturaleza no lo habia hecho para hojear con paciencia los volúmenes en folio de una biblioteca, ó meditar en el fondo de un aposento, sino para el combate. Atleta infatigable y brillante bajo las armas; cuan hermoso estaba un dia de batalla!

En su polémica agrupaba con un arte tanto mas maravilloso cuanto mas natural parecia, todas las pruebas directas, todas las inducciones emanadas de la analogía, las citaciones históricas, judiciales y legislativas que acarreaba su asunto, y abrumaba á sus adversarios con golpes seguros sin piedad, ni reposo, ni favor.

Fonfrède llevaba en sus manos un prisma de mil facetas, y este

prisma inundado por los rayos del sol del mediodía, despedia colores purísimos y deslumbradores. Este terrible polemista descubria y desnudaba una nombradía ó una situacion de pies á cabeza. Con su garra de leon arrancaba á esos efímeros reyes, á esos soberbios ministros cuadrados y ceñudos en su silla parlamentaria como en un trono; y cuando conseguia atarlos á una cuerda, los arrastraba hácia sí, y los mostraba como muñecos á la multitud.

Temerario en sus tesis, inexorable en sus consecuencias, mostraba la fealdad de los tiempos modernos con un sarcasmo, y hacia terribles incursiones en el porvenir.

Su imaginacion acalorada é impetuosa lo llevaba á menudo mas allá de los límites de la verdad, como sucede frecuentemente á la gente de su país, y como esta se apasionaba, prorrumpia en declamaciones, y escribia como esta habla.

Estaba sujeto á súbitos arrepentimientos, como toda persona inconsecuente y sin principios, ó con convicciones opuestas, cuya imaginacion, semejante al caballo indómito de Mazeppa, atormenta y arrastra sin descanso hasta el fin del horizonte, por valles, rocas y senderos espinosos.

Así queria una monarquía elegida, sin la condicion de esta misma monarquía que es la eleccion; la monarquía no elegida sin su condicion forzosa que es la legitimidad; el gobierno personal sin la condicion de este gobierno que es el despotismo; la libertad sin la condicion de esta que es la soberanía del pueblo; un parlamento sin la condicion evidente que es la independencia; el bien estar del pueblo, sin la condicion necesaria que es la economía. Así flotaba incesantemente entre dos playas, como un bajel sin áncora, eternamente azotado por las tempestades de su imaginacion.

Faltaba á Fonfrède lo que á Sieyes, Courier, B. Constant y otros tantos; una base fija, un sistema coordinado, un principio, pues, ¿acaso era legitimista? De ningun modo. ¿Por ventura radical? Mucho menos. ¿Parlamentario? Ni con mucho. ¿Constitucional? Ni por asomo. ¿Liberal? En otro tiempo. ¿Absolutista? Sí, se intitulaba absolutista franco, determinado, sin condicion ni límites, absolutista-absoluto. ¡Absolutista! ¿Y porqué? ¿Como podia ser tal segun la Carta? ¿Como tal sin la Carta? ¿Con quien? ¿Tal vez con Enrique V? No. ¿Con Luis-Felipe? ¡Oh! ¡oh! ¿Con quien pues, acaso con Dios? Pues, segun Fonfrède, la monarquía constitucional de Dios directamente emana? ¿Pero á qué cosa no le

sucede otro tanto? ¿Hay algo que así no sea? ¿Acaso no pueden engreirse y blasonar de su orígen celeste y providencial la República, la Heptarquía, la Monarquía constitucional, la Oligarquía y demas formas posibles de gobierno? Y en este caso, ¿cual es el valor del famoso argumento de Fonfrède, de ese argumento del derecho divino llevado hasta el extremo, hasta lo absurdo?

Siento á la verdad no poder completar esta figura característica con nuevos toques, y en la que tanto se complace mi pincel. En mi concepto hubiera podido hacer de Fonfrède un estudio original, un buen cuadro; pero me faltan el tiempo y espacio.

Acabemos, pero antes que me sea permitido el decir que Fonfrède fue, cosa rara, aun en Burdeos, adorador y no cortesano del poder, sin revolcarse como otros tantos en el cieno de la corrupcion, y hombre de bien, hombre de fe, se mantuvo arrinconado para conservar su independencia y fortaleza.

Creo haber explicado el orígen de la intemperancia de sus paradojas y la violencia extraordinaria de su lenguage. Así no me es posible guardar rencor á ese Escita, á ese bárbaro, que queria arrojarme como una presa á las garras y dientes de los leones y tigres de la Macedonia (1), por haber murmurado algun tanto del rey Filipo y de sus pensiones, yo Timon de Atenas, buen hombre y sin malicia alguna, que sin enfado he leido lo siguiente por mas fuerte que sea:

« Declaro que uno de los mayores crímenes cometidos contra « la existencia, prosperidad y subsistencia de un pueblo, son las « Cartas de Timon sobre la lista civil y dotaciones del rey Luis-« Felipe. Timon ha sembrado mas ruinas, miserias y hambre en « los hogares del pobre pueblo, que hubieran podido acarrear « diez años de guerra y calamidades. A falta de justicia humana « que le ha dejado cumplir esta obra de iniquidad, le predigo que « llegará un dia en que despedazará su alma un gran remordi-« miento á consecuencia de su conducta, y que llorará amarga-« mente todo el mal que ha causado.

« Firmado y rubricado, Fonfrède. »

¡Por Júpiter, lector! yo hubiera podido afilar mi buena hoja,

(1) Durante un mes, estuvo Fonfrede reclamando la acusacion de Timon que nunca habia visto y de quien no habia recibido el menor daño. Mas adelante, al ver su retrato pintado por Timon, quedó tan contento, que, saltando de alegría y mostrándolo á todo el mundo, exclamaba: « Mire vm., mire vm. lo que dice de mí Timon. »

esgrimir con ese Escita, ese bárbaro, y volverle herida por nerida.

Pero nosotros Griegos de Atenas, si tenemos sal en los labios, carecemos de hiel en el corazon, y si hubiese venido Fonfrède á echar en el Piréo el áncora de su bajel, lo juro por Minerva, yo mismo hubiera ido á tomarlo por la mano, llevado á la Academia bajo la sombra de los hojosos chopos, servídole un plato de la apetitosa miel del monte Himeto, y despues lo hubiera conducido coronado de flores, á los confines de la república.

Desgraciadamente ha fallecido Fonfrède, y lo siento, aunque tal vez me hubiera vuelto á atacar con virulencia. Pero los reyes son casi tan ingratos como los pueblos: Fonfrède pasó su vida á glorificar una dinastía que lo olvidó, y no era seguramente el medio mas adecuado para eternizar su memoria el editar sus obras que nadie lee en la actualidad; sino al contrario inaugurar su busto en las galerías históricas de Versalles, en que tantos mayordomos de corte y tantos insignificantes ganadores de batallas usurpan el puesto de varones justamente célebres.

EL ABATE LAMENNAIS.

¿Qué diré de Lamennais folletista, de Lamennais uno de los mas profundos filósofos de nuestro siglo, de Lamennais, el mas ilustre miembro del clero cristiano? ¡Qué constancia en el trabajo! ¡qué extension en la ciencia! ¡qué fecundidad de imaginacion! ¡qué capacidad intelectual! ¡qué meditador! ¡qué dialéctico! ¡qué poeta! ¡qué prosador!

No pretendo hacer comparecer en mi presencia al abate Lamennais, y juzgarle relativamente á su mayor ó menor ortodoxia. ¿Quien podria darme tal derecho? ¿De donde me vendria á mí tal competencia? No me toca á mí sondear los corazones, y seguramente Dios reserva para los varones predestinados á quienes concede el don del genio, misericordias tan grandes como los dotes que les depara. Todo lo que sé decir es que solo un sacerdote, y un sacerdote como Lamennais, podia manejar con tanta caridad é imperio el folleto religioso, ese folleto que revela el hombre al hombre, que enternece nuestra rebelde naturaleza para someterla mejor, y hace vibrar todas las cuerdas de nuestra alma. Lamennais ama al pueblo con la simplicidad de un talento elavado, lo

ama con la fe y esperanza de un cristiano. Si le recuerda sus derechos, le enseña tambien sus deberes; si lo humilla á la vista de sus llagas y miserias, lo consuela por los estremecimientos simpáticos de la fraternidad; si le inspira piedad para consigo, lo abrasa de amor y ternura para con los demás; si le dice, como todo corazon noble, que debe odiar la tiranía, lo exhorta á la paciencia en la servidumbre; si levanta las cadenas que abruman sus miembros, abre á sus ojos horizontes celestiales, coronados de flores, abundantes en infinitas beatitudes.

Ningun escritor desde Bossuet habló lenguage mas solemne y sonoro, y solo Lamennais ha conservado los períodos espaciosos, la continua armonía y el gran estilo literario, sin recurrir á un vano oropel, ni emplear palabras nuevas y locuciones impuras. Basta á su genio la lengua usual, ora entone con voz profética los himnos del pueblo en las *Palabras de un Creyente*, ora escudriñe en el *Bosquejo de una filosofía* los misterios de la creacion ó del entendimiento humano; ora, en los *Negocios de Roma*, pinte con cálido tono y puro las campiñas de Italia; ora en sus folletos acose con implacable lógica al enemigo que va á derribar.

Pero bien se echa de ver que Lamennais no se halla á sus anchas en el folleto político, y que no puede avenirse, ni acomodarse á esas luchas vulgares contra ministros de poco tiempo. No, Lamennais no ha sido enviado á esta tierra para rasar su suelo con esas alas sublimes que naturalmente lo elevan al cielo, y lo arrebatan en las altas regiones de Dios y de la eternidad.